

# El intelectual y sus atributos personales: la reflexión de Alejo Carpentier\*

The Intellectual and His Personal Attributes: Alejo Carpentier's Reflection

*O intelectual e seus atributos pessoais: a reflexão de Alejo Carpentier*

**Andrés López Bermúdez\*\***

Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

Cómo citar: López, A. (2025). El intelectual y sus atributos personales: la reflexión de Alejo Carpentier. *Revista Colombiana de Sociología*, 48(1), 177-202.

doi: <https://doi.org/10.15446/res.v48n1.116165>

Este trabajo se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution 2.5.

## Artículo de reflexión

Recibido: 9 de agosto del 2024    Aprobado: 15 de diciembre del 2025

\* El artículo es resultado del proyecto doctoral “Redes literarias y función social universalista en Jorge Zalamea. Escenarios y percepciones de un escritor del siglo XX colombiano”, financiado por la Universidad de Antioquia.

\*\* Doctor en Literatura por la Universidad de Antioquia, Magíster en Ciencia Política por la misma universidad. Profesor titular del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia. Integrante del grupo de investigación Historia Cultural, Memoria y Patrimonio (Kultur).

Correo electrónico: [andres.lopezb@udea.edu.co](mailto:andres.lopezb@udea.edu.co) -ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6634-2252>

### Resumen

Siguiendo la propuesta de la historia intelectual y de los intelectuales, este artículo examina tópicos recurrentemente tratados por el escritor, periodista, musicólogo y diplomático cubano-francés Alejo Carpentier (1904-1980), considerado por la crítica como destacado exponente de la literatura en lengua española del siglo XX, e igualmente, impulsor de la innovación literaria mediante la incorporación de un estilo que otorga papel central a la imaginación, bien para aludir a la realidad de forma expresa, o bien para recrearla ficcionalmente (“lo real maravilloso”). El oficio intelectual concitó su atención de forma acentuada, por lo que en la etapa madura de su vida plasmó su percepción sobre la materia en múltiples textos que brindan fundamento al presente artículo, que, en consonancia, expone la correlación entre desempeño, ética y compromisos del intelectual.

**Palabras clave:** América Latina, crítica, historia, intelectual, literatura, sociedad.

**Descriptores:** América Latina, historia, literatura, sociedad.

## Abstract

Following the proposal of intellectual history and intellectuals, this article examines recurring topics addressed by the Cuban-French writer, journalist, musicologist, and diplomat Alejo Carpentier (1904-1980), considered by critics as a prominent representative of 20th-century Spanish-language literature, and equally, a driving force of literary innovation through the incorporation of a style that gives central importance to imagination, either to explicitly refer to reality or to recreate it fictionally (“lo real maravilloso”). The intellectual profession caught his attention in a marked way, so in the later stages of his life, he expressed his views on the matter in multiple texts that provide the foundation for this article, which, in turn, exposes the correlation between the performance, ethics, and commitments of the intellectual.

**Keywords:** critic, history, intellectual, Latin America, literature, society.

**Descriptors:** history, Latin America, literature, society,

## Resumo

Seguindo a proposta da história intelectual e dos intelectuais, este artigo examina tópicos recorrentes tratados pelo escritor, jornalista, musicólogo e diplomata cubano-francês Alejo Carpentier (1904-1980), considerado pela crítica como um destacado expoente da literatura em língua espanhola do século XX, e igualmente, um propulsor da inovação literária por meio da incorporação de um estilo que dá papel central à imaginação, seja para aludir à realidade de forma expressa, seja para recriá-la ficcionalmente (“lo real maravilloso”). O ofício intelectual chamou sua atenção de forma acentuada, de modo que na etapa madura de sua vida ele plasmou sua percepção sobre o tema em múltiplos textos que fornecem a base para este artigo, que, por sua vez, expõe a correlação entre desempenho, ética e compromissos do intelectual.

**Palavras-chave:** América Latina, crítica, história, intelectual, literatura, sociedade.

**Descriptores:** América Latina, história, literatura, sociedade.

La figura del intelectual, personaje dedicado al ejercicio de la escritura y la divulgación crítica (Altamirano, 2008, pp. 14 y 15), es reconocible en el marco de las sociedades secularizadas de la era del capitalismo por atributos específicos que caracterizan su desempeño vital y su obra: discrepancia, polémica, compromiso y convicción son algunos de los más relevantes (Gutiérrez, 1986, p. 136). Son asimismo rasgos que lo tipifican, su defensa de la independencia de la verdad frente a la razón de Estado, y su postura divergente frente a posiciones teológicas o poderes corruptores de la conciencia crítica y moral (Bourdieu, 2002, pp. 197 y 198). Como atributos adicionales, cabe mencionar su tendencia “a pre-guntar y a buscar en lugar de afirmar”, su propensión a “desacreditar cualquier esquema de referencia fijo que se relacione con ultimidades”, y su predisposición a observar todo “desde varias perspectivas y no sólo desde una”. Su estímulo esencial es “comprender puntos de vista no familiares”, y adaptarse mentalmente frente a escenarios variables para “re-pensar sus premisas”, introduciendo siempre “un signo de interrogación al final de los absolutos” (Mannheim, 1963, pp. 155, 173, 174 y 176). Para precisar rasgos característicos de los intelectuales a manera de esbozo provisorio, el sociólogo Carlos Altamirano (2008) apunta:

Son personas, por lo general conectadas entre sí en instituciones, círculos, revistas, movimientos, que tienen su arena en el campo de la cultura. Como otras élites culturales, su ocupación distintiva es producir y transmitir mensajes relativos a lo verdadero (si se prefiere: a lo que ellos creen verdadero), se trate de los valores centrales de la sociedad o del significado de su historia, de la legitimidad o la injusticia del orden político, del mundo natural o de la realidad trascendente, del sentido o del absurdo de la existencia. A diferencia de élites culturales del pasado, sean magos, sacerdotes o escribas, la acción de los intelectuales se asocia con [...] el dominio que tiene su principio en la existencia de la imprenta, los libros, la prensa. Su medio habitual de influencia, sea la que efectivamente tienen o sea a la que aspiran, es la publicación impresa. (pp. 14 y 15)

Habitualmente se comunican unos con otros “en la forma del debate, pero el destinatario no es siempre endógeno: también suelen buscar que sus enunciados resuenen más allá del ámbito de la vida intelectual, en la arena política. Más aún, a veces quieren llegar a la sede misma del poder político” (Altamirano, 2008, p. 15). No guardan un precepto de rigor para congregarse según factores de clase o de adscripción política: faltos de unidad y de estabilidad suelen reunirse “por convicción, o por mediación de sus mecenas y amigos” (García y López, 2021, p. 7), razón por la cual quienes integran este grupo pueden ser “instrumentalizados por los gobiernos de sus países, partidos en los que militan, o [por] instituciones

que les brindan su apoyo” en aras de la defensa –o el ataque– a causas opuestas (García y López, 2019, p. 17). Quienes componen este conglomerado pueden ubicarse, efectivamente, “en grupos de presión contrarios y en los dos bandos de las clases en conflicto [porque su propósito central es] [...] imprimir su sello en la interpretación pública de las cosas” (Mannheim, 1963, pp. 238 y 239). Esencialmente son hombres públicos que pretenden encarnar el sentido de la responsabilidad social, peculiaridad que los hace partícipes relevantes de ocupaciones político-culturales como el magisterio, el periodismo, las academias científicas (Altamirano, 2013, p. 119), o el ámbito diplomático (Henríquez, 1978, p. 165; Gutiérrez, 1986, pp. 80 y 81; García y López, 2019, pp. 14 y 17).

Para precisar el concepto de *intelectual* desde una perspectiva sociológica, Karl Mannheim (1963) acuñó el término “Intelligentsia” en alusión a la reflexión que la función social de los intelectuales demanda. Sin embargo, esta noción terminó refiriéndose en el medio académico, por extensión, al grupo socioprofesional mismo (p. 155). La figuración de este colectivo y su labor, han contado en América Latina con atención académica desde el primer tercio del siglo xx: Pedro Henríquez Ureña (1978, pp. 189-207), Alfonso Reyes (1982, pp. 82-90) y Mariano Picón Salas (1931, s.p.) efectuaron planteamientos sobre el particular, precediendo incluso a proposiciones europeas como las enunciadas por Mannheim y otros investigadores. Siguiendo a Alfonso Reyes, el filósofo Juan Guillermo Gómez expresa: “la intelectualidad latinoamericana ha operado de modo consciente y a la vez inconscientemente, bebiendo de fuentes culturales e intelectuales compartidas y afines, de un mismo tronco matriz que cada generación va regando y enriqueciendo” (Gómez, 2022). En ese sentido Reyes se fundamentó en la tradición occidental, tronco nutriente en el cual se encuentra inscrita América Latina en términos de literatura, historia, conocimiento y cultura (Reyes, 1982, pp. 82-90; Henríquez, 1978, pp. 189-207; Gutiérrez, 1989, pp. 1-100), cimientos primordiales del quehacer de intelectuales que la representan y encarnan.

En el subcontinente se ha hecho manifiesta, en efecto, un área de exploración relevante orientada a la comprensión de procesos de permanencia o de cambio en el devenir social, interés que después de mediados del siglo xx ha prestado especial atención a fenómenos presentes en la literatura, la cultura y la política. Acudiendo a la historia de las ideas (Gómez, 2022), la sociología de la literatura y la historia social de la literatura, investigadores como José Luis Romero (1965), Ángel Rama (2006, pp. 5-6, 9-12, 17-20, 23, 29, 32, 41, 48-50, 55, 64-77), José Guilherme Merquior (1972, pp. 372-388) y Rafael Gutiérrez Girardot (1989, pp. 13-14, 16, 21-22, 41-42, 50, 91, 93, 95), entre otros, profundizaron en la comprensión de tan vasto campo de saber. En décadas recientes, –Gómez precisa en los últimos 20 años (2022)– como área multidisciplinar “transmutada y reconfigurada en historia social de los intelectuales e historia intelectual” (2022), connotados investigadores han persistido en ahondar

en este campo de reflexión —entre ellos el más reconocido, quizás, Carlos Altamirano (2008), seguido por una larga lista de nombres: Beatriz Sarlo, Alejandro Blanco, Elías Palti, Horacio Tarcus, Martín Bergel, Natalia Bustelo, Alexandra Pita, Carlos Marichal, Bernardo Subercaseaux, Eduardo Devés, Luis Carlos Jackson, Liliana Weinberg y Javier Garcíadiego. En el caso concreto de Colombia: Miguel Ángel Urrego, Gilberto Loaiza Cano, Renán Silva, Gonzalo Cataño, Jaime Eduardo Jaramillo, Aimer Granados, Rafael Rubiano y Juan Guillermo Gómez, entre otros—.

Por historia intelectual puede entenderse el “estudio de las mutaciones entre aquellos individuos que, en cada sociedad y en cada época, son los productores y consumidores sistemáticos de símbolos, creencias, concepciones del mundo, ideas, valores, [e] imaginarios” (Loaiza, 2012, p. 347); es decir, los intelectuales. Cuando este grupo genera y difunde propuestas, con el ánimo de forjar acuerdos o para suscitar debate, aporta un producto social que estimula procesos alternos no desligados de las realidades humanas. Por el contrario, conforme lo expresa Mannheim, el reto que plantean brinda a la sociedad perspectivas diferentes a las usualmente aceptadas o instituidas, revela contrastes e invita a comprender puntos de vista novedosos. Sus observaciones claman por la intuición divergente y enriquecedora, a la vez que promueven la reformulación de escenarios aprisionados por premisas o “absolutos” enraizados como supuestos (Mannheim, 1963, p. 174). Cuestionamientos en torno al arte, la cultura impresa o los medios de comunicación masiva, formulan a la sociedad preguntas acerca de sí misma: plantean dudas vitales que ella se niega a enunciar por aferrarse, obstinadamente, a no pensar algo “más que sus propios pensamientos”, a no trascender “sobre el fatalismo y el fanatismo”, a defender concepciones del mundo ajenas a la perspectiva “multipolar” que los intelectuales proponen (Mannheim, 1963, pp. 174, 176).

En América Latina y en Colombia, el interés académico por la historia intelectual y de los intelectuales tomó fuerza gracias a inquietudes relativas a su figuración en la cultura de Occidente, en etapas históricas como la Grecia Clásica, el Medioevo o la época renacentista, a la luz de indagaciones emprendidas por investigadores como Alfred Von Martin (1968, pp. 52-71) o Jacques Le Goff (1996). Relevantes fueron, igualmente, los análisis efectuados por Karl Mannheim —ya mencionados— Leo Löwenthal (1998, pp. 69-82) y Lewis A. Coser (1968) desde la perspectiva de la historia moderna y contemporánea, que suscitaron nuevas inquietudes posteriormente acometidas por Pierre Bourdieu, quien entre 1965 y los últimos años del siglo xx efectuó la relectura de aportes sociológicos relevantes (concebidos por Karl Marx, Max Weber, Émile Durkheim, Ernst Cassirer, Erwin Panofsky, Fernand Braudel y Michel Foucault). En la vasta teoría planteada por Bourdieu sobresalen reflexiones acerca de las formas de dominación en la sociedad contemporánea: mecanismos coercitivos presentes en los medios de comunicación para influenciar a su audiencia (Bourdieu, 1997), subyugación del arte por lógicas económicas

(Bourdieu, 1999) y análisis sobre el campo intelectual (Bourdieu, 2002), materias que concentran hoy interés de filólogos, literatos, historiadores y sociólogos cuya mirada escruta el trasfondo institucional de la producción intelectual, su función social y repercusión. No pueden soslayarse tampoco significativos análisis más recientes, propuestos por el historiador François Dosse (2007, pp. 1-327).

La reflexión académica también toma en cuenta planteamientos elaborados por los propios intelectuales sobre su actividad y ámbito de acción (Bourdieu, 2002, pp. 177-183, 197-198, 203-208, 212, 317; Gutiérrez, 1989, pp. 29-31; Gutiérrez, 1986, p. 63), consideraciones alusivas, entre otros aspectos, a atributos personales indispensables para la práctica del oficio, e igualmente, a la acogida —o rechazo— ejercido por ciertos espacios para facilitar —o dificultar— su desempeño (Estado, Iglesia, costumbre social, sector financiero, publicidad, casas editoriales, etc.). Múltiples escritores (por ejemplo: Wilhelm Heinse, Friedrich Schlegel, Joris-Karl Huysmans, Jean Paul Sartre, Jorge Zalamea, Alejo Carpentier y Octavio Paz) se pronunciaron sobre el tema en momentos históricos diversos (Gutiérrez, 1986, pp. 90-95) y plantearon reflexiones alusivas a entornos en los que la sociabilidad de agentes del campo de la Intelligentsia se hizo manifiesta en Occidente entre los siglos xv y xx: tertulias, veladas literarias, cafés, salones y congresos, ambientes en donde se gestaron vínculos, controversias, dinámicas profesionales y se configuraron asociaciones.

Ese encuentro e intercambio permitió que ciertos valores adquiriesen relevancia frente al capital económico: recursos inmateriales palpables en conexiones sociales —o “llaves de acceso” al ámbito intelectual; es decir, a los beneficios que este conlleva— reservados en el pasado exclusivamente a la posesión de dinero. El capital social y cultural gestado en ese entorno instauró parámetros que en lo sucesivo definieron la aceptación —profesional— de habilidades y destrezas (o “capital simbólico”), mismo que encauza y guía la composición y divulgación de la producción intelectual —escrita, pictórica, musical, fotográfica, cinematográfica, etc.— La preferencia de los pares o colegas en el oficio se convirtió de esa manera en concluyente para precisar el éxito —o fracaso— de una obra intelectual (resultando decisiva para la admisión en el “campo intelectual”), y de no obtenerse toda producción corre el riesgo de quedar proscrita. Mecanismos para la difusión institucional —como las editoriales, por ejemplo— patrocinan o niegan resultados favorecedores. El colegaje profesional consigue entonces auspiciar —o abatir— la obra de autores —o de círculos de pensamiento—, circunstancia usualmente concordante con la demanda que sobre dicha producción el mercado exprese. Así, la opinión proferida por revistas dedicadas a la crítica de arte o literaria repercute en aplausos traducibles en éxitos de ventas que enaltecen —o penalizan— obras, autores o grupos de pensamiento, signando su reconocimiento —o desconocimiento— por parte de la sociedad (Bourdieu, 2002, pp. 19, 26-30, 35, 37, 54).

El sociólogo Leo Löwenthal indica de forma expresa: “el escritor creador es el intelectual en sí” (1998, p. 71), apreciación que implica que incluso autores cuyo ramo de acción o reconocimiento proviene de su dedicación a la producción de tipo estético o ficcional, encuadran con pleno derecho como exponentes del campo intelectual (Loaiza, 2012, p. 355). Con frecuencia se trata ensayistas connotados, que encarnan una función social enmarcada por su participación desenvuelta en instancias culturales, políticas, diplomáticas y/o académicas. Acostumbran manifestar interés en acontecimientos, coyunturas o procesos históricos relevantes —para cuya interpretación pueden adoptar amplitud desmesurada o precisión extrema— (Santí, 2002, p. 101). Por obvio que resulte, todo intelectual es, ineludiblemente, un ser humano poblado por inclinaciones variables, a veces contradictorias (de naturaleza ideológica, moral, religiosa, sexual, etc.). “Celos, envidias, competencia, auto-promoción, vanidad, zancadillas, rivalidades, figuración [...] son también rasgos intercalados en este conglomerado” (2022), anota Juan Guillermo Gómez, quien agrega: “una frase de Borges [...] dice que los grupos de escritores nacen por el odio de unos a otros. Extrema motivación no lejana al anhelo de figuración y búsqueda de compensaciones al ego exaltado que acompaña, nada raramente, la vida del intelectual” (2022). En ocasiones, quien se dedica a ese oficio se ve compelido a sacrificar sus intereses privados sólo para poder encarnar el rol de propagandista o promotor de enfoques o ideas; puede verse obligado, asimismo, a enfrentar y resistir el exilio; o a realizar extensos viajes que implican itinerarios agotadores (con la finalidad exclusiva de ofrecer conferencias o entrevistas en defensa de iniciativas institucionales, gubernamentales o diplomáticas). Circunstancias como estas atentan contra su comodidad, su vida familiar, su salud o sus gustos personales. El intelectual puede encontrarse forzado por el imperativo de renunciar no sólo a su imagen pública, sino también a su vida íntima real, genuina, con la única finalidad de alimentar —sin contravenirlo— el deseo de sus seguidores y fanáticos para posibilitar la instauración de visiones míticas sobre su ser, centro de innumerables miradas, frecuentemente desmesuradas e irreales (González, 2018, pp. 541-545; García y López, 2021, pp. 14 y 16). “Detrás del intelectual emprendedor y jovial” —concluye Gómez (2022)— suele habitar “casi siempre, un ser afectado”, agobiado por la soledad personal, cuasi arrinconado en su propia “caja negra sin salidas”, en donde procura resguardarse.

Respetado por sus creaciones ficcionales y connotado novelista y ensayista, Alejo Carpentier manifestó meditaciones expresamente relacionadas con la función social de los intelectuales. Su desempeño en instancias políticas, diplomáticas y académicas fue desenvuelto y significativo. Fue un intelectual crítico —sin que tal catalogación resulte inflexible ni excluyente de otras aptitudes—. Mucho se interesó por examinar acontecimientos, coyunturas y procesos históricos como determinantes de la impronta de una obra creativa sobre la sociedad, y así mismo, por reflex-

ionar acerca de los atributos de los escritores (conexos inevitablemente con su entorno vital y su obra, a la vez que cimiento de tipologías sociológicas explicativas de su accionar y función social) (Mannheim, 1963; Löwenthal, 1998; Gutiérrez, 1989).

Carpentier elaboró multiplicidad de apuntes ético-literarios, disertaciones en las que enaltece el concepto de *revolución* entendido como cambio radical superador del reformismo en el seno de contextos político-sociales (Carpentier, 1981, pp. 86-87 y 157). A su juicio, la condición de la revolución posibilita la adquisición de conciencia política y de convicción en los pueblos, valoración controvertida por otros escritores – también cubanos – como Heberto Padilla (1969) o Enrico Mario Santí (2002, p. 386), quienes señalan carencia de sensatez y mesura en dicha afirmación, en vista del sentido impreciso del término “revolución” en la literatura latinoamericana de los años sesenta y setenta del siglo xx (ya que de manera contingente fue usado para aludir a una proposición teórica, a una esperanza, a un proceso de acción o a un hecho) (Catalano y Fernández, 2020, p. 207). Otros investigadores de las letras cubanas apoyan la postura de Carpentier —caso del venezolano Alexis Márquez Rodríguez— quien argumenta que desde una perspectiva marxista se otorga significado amplio al vocablo “revolución”, encuadrándolo no como la modificación abrupta de una forma de gobierno, sino como “movimiento social destinado a la subversión del orden establecido en todos sus aspectos: el político, el económico, el social, el cultural, etc.” (Márquez, 1983, pp. 18-19 y 31). Este punto de vista es palpable en varios trabajos de Carpentier, y en particular en sus novelas *El reino de este mundo* (1949), *El siglo de las luces* (1962) y *La consagración de la primavera* (1978).

Los atributos personales de un escritor poseen, junto con su respectivo entorno histórico, peso innegable para determinar la significación de su contribución intelectual. Seguir esa línea resulta perentorio para valorar de manera integral su adscripción al grupo de los intelectuales, su prestancia en él y la huella socio-histórica generada por su labor creatora. Acercamientos empírico-demonstrativos en torno a hábitos y acciones de los intelectuales (como el planteado por Carpentier, por ejemplo) resultan factibles y útiles cuando se apoyan en fuentes como testimonios, discursos, obras literarias, archivos, legados bio-bibliográficos, investigaciones históricas, etc. (Mannheim, 1963, pp. 145 y 234; López, 2014, pp. 4 y 10). Este enfoque define tipologías explicativas que aportan a la comprensión sobre la conformación del colectivo, su desempeño, producción, expectativas y alcances. Asimismo, cataloga sus niveles de interacción con la sociedad, y contribuye a esclarecer su impronta y legado (Löwenthal, 1998, pp. 69-82).

#### **Rendir testimonio como factor de inspiración**

Carpentier declara: los puntales medulares de su pensamiento y las tendencias esenciales de su obra, surgieron de su experiencia vital y de su aventura ideológica (Carpentier, 1981). Así, por ejemplo, con ocasión de

la publicación en 1937 de algunas crónicas suyas inspiradas en sucesos de la Guerra Civil Española (Fernández, 1986), anotó:

si hoy me enorgullezco de haber poseído siempre, en mi carrera de escritor, una cierta probidad intelectual, es para poder decir que todo lo que os narre, ‘lo he visto, lo he oído’ con mis propios ojos, con mis propios oídos (sin utilizar jamás una referencia)... y con esa ‘lógica de corazón’ que es, al fin y al cabo, la única eficaz en circunstancias como las que hemos conocido. (p. 11)

Para el poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar (1986), esas vivencias se identifican con el proceder de algunos personajes de las novelas de Carpentier –en especial, *Los pasos perdidos* (1953), *El siglo de las luces* (1962) y *La consagración de la primavera* (1978)–, y también con los trasfondos espacio-temporales de dichas obras:

Muchas cosas [...] cambian en el personaje: pero otra es inevitable que nos hagan pensar en la vida tan rica y compleja de quien escribiera la novela. O, al menos, en muchas de sus preocupaciones esenciales. La Habana de los años veinte. Los avatares de lo que se dio en llamar la vanguardia, el impacto decisivo de la Revolución de Octubre y el hechizo de México, la guerra de España, el regreso a Cuba, que la colma de colores, sabores, olores, texturas y misterios que creía perdidos, los conflictos de un intelectual de origen pequeño-burgués ante difíciles momentos de la historia mundial, el contacto salvador con hombres de pueblo cuya sabiduría, nacida del sacrificio y la lucha, puede alumbrar más que vastas bibliotecas. (p. 16)

El carácter testimonial alude, igualmente, al influjo que sobre un autor ejercen parámetros culturales en boga resultándole imposible aislarse. Reflejo de su tiempo y de su contexto cultural, quienes dedican su vida a las letras no pueden excluirse de su entorno. Si bien Carpentier privilegió en su producción lo vernáculo para mantenerse en la línea de un “auténtico americanismo”, la tradición vigente en los círculos latinoamericanos de mirar hacia Europa también pesó sobre él en cuanto a métodos y referentes empleados por la literatura europea. Sin pretensiones de europeísmo, incluso en trabajos concebidos como genuinamente americanos, caso de *Los pasos perdidos*, no pudo desligarse de aquellos métodos y referentes, lo que le condujo a hacer “eco de un conjunto de tendencias culturales europeas que no son ajena al psicoanálisis de Freud ni a las experiencias vanguardistas de los veinte en las cuales participó activamente” (Gómez, 2006, p. 315). Una mirada amplia, universal, le permitió contrastar circunstancias de entornos diversos: fue a un mismo tiempo de aquí y de allá (Mannheim, 1963, pp. 155, 173, 176), y en consecuencia actuó –según sus propias palabras– como “un intelectual por definición”, “sin usar disfraces”, planteando su postura ante “los conflictos de la época”:

Hombre de mi tiempo, soy de mi tiempo y mi tiempo trascendente

es el de la Revolución Cubana [1959]. Escritor comprometido soy y como tal actúo, donde mi comprometimiento responde a un proceso que he visto nacer [...] Y ya que el pueblo al que pertenezco se ha puesto repentinamente al nivel de la época en que vive, época del socialismo, en el seno de ese pueblo y en función de ese pueblo, trataré de realizar las tareas que aún me quedan por cumplir como escritor en el reino de este mundo. (Carpentier, 1981, pp. 108, 109 y 111)

Asumiendo una postura contrapuesta, el escritor cubano Enrico Mario Santí sostiene que las obras escritas bajo el socialismo suelen estar circundadas por una sensación de desesperación o neurosis, que las hace incomprensibles a lectores carentes de conocimientos sobre las condiciones precisas en que fueron producidas. Ello confiere a toda creación compuesta en medio de una “sofocante atmósfera política” el carácter de fragmentaria e inconclusa –dada su imposibilidad de comunicar con justicia lo deseado– (2002, pp. 385-387). Mirado este debate con amplitud debe considerarse, del mismo modo, que Carpentier escribió apremiado por el momento histórico que le correspondió en suerte: América Latina redefinía su rol frente al mundo motivada por la Revolución Cubana, apremiada a su vez por el interés de validar su imaginario político-cultural mediante la apelación a temáticas, símbolos, alegorías o lemas. Desde antes de 1959 Carpentier había simpatizado con el Partido Socialista Popular (o Partido Comunista Cubano de aquella época) (Tello, 2016, p. 177).

La investigadora Claudia Gilman explica que en las décadas de 1960 y 1970 el compromiso no era concebido por los escritores como un componente adicional en la literatura, sino como “*su función de ser*”. Por lo tanto, “la tarea de modernización cultural figuró en la agenda del compromiso, y muchas de las reflexiones sobre literatura de los propios escritores establecieron este vínculo como necesario” (2003, pp. 146 y 147). En apego a ese propósito, Carpentier consideró que su tarea esencial consistía en testimoniar preferentemente las mutaciones político-sociales más trascendentales –en vez de las permanencias– y por ello se enfocó en comunicar las revoluciones determinantes de grandes cambios (Carpentier, 1981, pp. 47, 109-111; Zalamea, 1967, pp. 6-7, 17; Urrego, 2002, p. 164; Montoya, 2011, 177-178).

Durante la Guerra Fría, China y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) mantuvieron abierto compromiso con la expansión del comunismo sobre el planeta. La URSS era entonces una unidad fuerte, digna de ser temida en los planos militar y económico. Distaba del Estado saturado de contradicciones internas que colapsó en 1991 (Hobsbawm, 1996, pp. 403-576) (once años después del fallecimiento de Carpentier, quien quizás jamás imaginó ese final para la superpotencia). Por el contrario, tuvo ocasión de observar una exitosa etapa del comunismo en confiada rivalidad con los EEUU por el dominio planetario. Competitivo frente a las economías capitalistas, con poderío militar incuestionable,

exportador de su propuesta hasta lugares apartados del globo, así como vencedor en la carrera espacial por momentos, como proyecto político obtuvo el favor de parte relevante de la intelectualidad latinoamericana. Carpentier pudo apreciar ese esplendor distintas veces: la Revolución Cubana (1959), la presidencia de Allende en Chile (1970-1973), la participación de la Antilla Mayor en el primer plano internacional (por ejemplo cuando realizó la Conferencia Tricontinental en enero de 1966, congregando en La Habana a 500 delegados de 82 países de Asia, África, y América Latina; o, de modo todavía más palpable, mediante el envío de tropas a Angola, Etiopía y Eritrea en el lapso 1966-1980) (Rouquié, 1991, p. 350). Sabedor de ello, en 1975, Carpentier (1981, p. 109) declaró con confiada expectativa:

El siglo xx comienza con los cañonazos del acorazado “Aurora” y será hasta muy rebasado el año 2000, el de una transformación total de la sociedad. Ya estamos viendo los signos que anuncian la transformación. En unos lugares la transformación se ha realizado. En otros se está realizando y en otros se realizará. Y aunque algunos se empeñen en retardar ese proceso aferrándose a viejos valores gastados (se asemejan un poco a los médicos que sabiendo que un enfermo no tiene remedio, le prolongan la agonía durante semanas y semanas con balones de oxígeno), hemos entrado en la era de la lucha, de las transformaciones, de las mutaciones, de las revoluciones (p. 109).

Benigna con él, la muerte le evitó presenciar los acontecimientos de la etapa final del siglo xx y el despuntar del nuevo milenio, fase signada por el avance del capitalismo, y por el poder cuasi hegemónico de los EEUU sobre el orbe (Doyle, 2001, pp. 39-40 y 46).

#### **La escritura: medio para la dignificación de las sociedades**

Según Carpentier, el intelectual ha de sumar entre sus cualidades el ser hombre “de acción” (1984, pp. 53-54). Debe dar cuenta no sólo de asuntos estéticos o relativos a individuos, sino inherentes a sociedades y períodos históricos: “Escribir es un medio de acción. Pero acción que no es concebible sino en función de los seres a quienes concierne esta acción [en consonancia con lo expuesto por] los enciclopedistas franceses”, como Rousseau. O también —argumenta— por Marx, Lenin y Fidel Castro: “Pero si [...] lo anteriormente citado [...] permanece ajeno al género novelístico, no debe olvidarse que, desde hace tiempo, la novela es considerada en función de utilidad, como materia excelente para estudiar las características de ciertas épocas y ciertas sociedades” (Carpentier, 1981, p. 49).

El intelectual es consecuente con su rol cuando toma conciencia de la dignificación del hombre —es decir, de las sociedades—. La emancipación política y la educación de las masas efectuada de manera empírica,

directa y pragmática, constituye la revelación de que cumple con su misión de modo cabal, en especial cuando es latinoamericano:

No es en vagas teorías de gabinete, de tertulias de café, de coloquios eruditos, donde se encuentran las soluciones de los problemas fundamentales, vitales, de este continente —continente cuya unidad indudable, en ciertos aspectos, no ha de buscarse en el uso de un idioma común a muchos países—, sino en la existencia de idénticos o parecidos problemas. Esto, sin olvidar que las mismas problemáticas son compartidas por un inmenso país donde se habla el portugués, y en no pocos donde se habla el inglés, el francés, el guaraní o el papiamento. Los grandes latinoamericanos que, en el siglo pasado [el xix], supieron identificarse en función de los mismos principios, compartían, en el fondo, ideas muy claras, muy prácticas, de emancipación política, de educación de las masas, de toma de conciencia de lo propio y de dignificación del hombre. Pensamiento llano, cabal, sacado de experiencias que por el momento eran válidas, en espera de experiencias más científicas, más sistemáticas, más afincadas en un análisis profundo del desarrollo histórico y económico de las sociedades. (Carpentier, 1984, pp. 56 y 57)

Desaprobando el proceder de algunos escritores latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx porque rompieron con la tradición de cuestionar el manejo de asuntos públicos o socio-políticos (Mannheim, 1963, pp. 238-239), autores como Rubén Darío, Porfirio Barba Jacob o José Santos Chocano, obviaron —a juicio de Carpentier— su papel como hombres de acción, pues a pesar de contar con brillantes dotes para la actividad de la escritura, prefirieron “vender su alma al diablo”, ofreciendo sus servicios como periodistas “donde quiera que se lo[s] remuneraran con largueza, sin preocuparse por ahondar en lo legítimo u honorable de la causa defendida” (Carpentier, 1984, p. 52). De manera inversa pero concordante con una genuina postura crítica y ética, el “espíritu barroco”—impulso sensible o forma de percibir el mundo en la literatura, el arte y el pensamiento de los siglos xvii y xviii, demuestra inusual capacidad para prolongarse sobre épocas posteriores, pues propulsa un “inquieto renacer” incansante, comunicativo y crítico, que da pie a la expansión del ingenio y a la reinención creativa (Carpentier, 1984, p. 52). La postura barroca concede expansión a la agudeza innata, porque investida de renuencia a cruzarse de brazos frente a lo dado manifiesta inconformidad y audacia, a la vez que señala opciones orientadas al avance —y no a lo establecido—. De manera contraria, el “estilo histórico” de “tipo clásico”, se encuentra constreñido y condenado *per se* al anquilosamiento, a tiempos pasados (caso del estilo gótico, por ejemplo). Por lo tanto, un “espíritu” o percepción del mundo abierto a la amplitud y a la flexibilidad —como el barroco, o incluso también como el romántico—, cuenta con la capacidad de desdoblarse sobre etapas históricas ulteriores, prolongando

significaciones que, en el caso del espíritu romántico, superan la “estampa absurda [y estereotipada] del claro de luna y del personaje que compone versos, segregado del mundo en que vive; es decir, del personaje que ‘vive en las nubes’”. En consecuencia, tanto el barroco como el estilo romántico, integran inestimables rasgos de acción, pulsión, movimiento, voluntad y violencia (Carpentier, 1981, pp. 114-126).

Para Carpentier, por ser criollo y culturalmente mestizo, el intelectual latinoamericano comporta rasgos barrocos: “El academismo es característico de las épocas asentadas, plenas de sí mismas, seguras de sí mismas. El barroco, en cambio, se manifiesta donde hay transformación, mutación, innovación”. Y agrega: “el barroquismo siempre está proyectado hacia adelante”, suele mostrarse expansivo “en el momento culminante de una civilización o cuando va a nacer un orden nuevo en la sociedad” (igual que el espíritu de los hombres de acción que lo siguen como guía comunicativa). Lo mismo que el filósofo francés Montaigne en el siglo xvi, Carpentier puntualizó que el intelectual genuino debe dedicar su existencia a la exaltación de la libertad y a la denuncia de escollos contrarios a la autonomía de las sociedades. Particularmente en América Latina, debe consagrarse a la construcción de un “futuro de luz” para sus semejantes (1981, pp. 123 y 158). Su misión estriba en ello. En consecuencia, a los creadores latinoamericanos les compete mantenerse al tanto de los desarrollos académicos y culturales actualizados, para poder ser partícipes de la cultura universal:

De ahí que el enfoque asiduo de culturas extranjeras, del presente o del pasado, lejos de significar un *subdesarrollo* intelectual, sea, por el contrario, una posibilidad de *universalización* para el escritor latinoamericano. Quienes sean lo bastante fuertes para tocar a las puertas de la gran cultura universal serán capaces de abrir sus batientes y de entrar en la gran casa. (Carpentier, 1976, p. 29)

La adopción de esta perspectiva otorga vitalidad y respeto a la literatura y a los escritores de América Latina (1981, pp. 90-91 y 132), pues de ese modo asumen cabalmente el imperativo de mostrar al mundo lo que les es propio, connatural, situación diametralmente opuesta a la experimentada por los autores europeos:

no habremos de decir ya, como Hernán Cortés a su monarca: “Por no saber poner los nombres a las cosas no las expreso”. Hoy conocemos los nombres de las cosas, las formas de las cosas, la textura de las cosas nuestras; sabemos dónde están nuestros enemigos internos y externos; nos hemos forjado un lenguaje apto para expresar nuestras realidades, y el acontecimiento que nos venga al encuentro hallará en nosotros, novelistas de América Latina, los testigos, cronistas e intérpretes de nuestra gran realidad latinoamericana. Para eso nos hemos preparado, para eso hemos estudiado nuestros clásicos, nuestros autores, nuestra historia, y para expresar nuestro tiempo de América hemos buscado y hallado nuestra madurez.

Seremos los clásicos de un enorme mundo barroco que aún nos reserva, y reserva al mundo, las más extraordinarias sorpresas. (p. 135)

A juicio de Carpentier el barroquismo representa una opción expresiva pertinente porque apelando al uso detallado de palabras, posibilita a los escritores latinoamericanos presentar ante la audiencia mundial situaciones que esta nunca había visto ni imaginado, y simultáneamente, situar esos rasgos distintivos en el plano universal:

“Si usted logra, con pocas palabras [-dice Carpentier le manifestó en una ocasión el Premio Nobel en Literatura St.-John Perse-], que yo tenga la sensación de color, la densidad, el peso, el tamaño, la textura, el aspecto del objeto, habrá usted cumplido la máxima tarea que incumbe a todo escritor verdadero. *Muéstreme* el objeto; haga que, con sus palabras, yo pueda *palparlo, valorarlo, sopesarlo*”. Esto sólo se logra mediante una polarización certera de varios adjetivos, o, para eludir el adjetivo en sí, por la adjetivación de ciertos sustantivos que actúan, en este caso por proceso metafórico. Si se anda con suerte –literariamente hablando, en este caso el propósito se logra. El objeto vive, se contempla, se deja sopesar. Pero la prosa que le da vida y consistencia, peso y medida, es una prosa barroca, forzosamente barroca, como toda prosa que ciñe el detalle, lo menudea, lo colorea lo destaca, para darle relieve y definirlo [...] ahora nosotros, novelistas latinoamericanos, tenemos que nombrarlo todo –todo lo que nos define, envuelve y circunda: todo lo que opera con energía de *contexto*– para situarlo en lo universal. [...] Nuestro arte siempre fue barroco: desde la espléndida escultura precolombina y el de los códices, hasta la mejor novelística actual de América, pasándose por las catedrales y monasterios coloniales de nuestro continente [...]

No temamos el barroquismo, arte nuestro, [...] barroquismo creado por la necesidad de *nombrar las cosas*, aunque con ello nos alejemos de las técnicas en boga [...]

El legítimo estilo del novelista latinoamericano actual es el barroco.  
(Carpentier, 1976, pp. 34-36)

#### **Vida y obra consonantes con el compromiso político**

Carpentier (1984) sostiene que todo intelectual corre el riesgo de no poder ejercer su independencia, pues contra su expresión sincera acechan contratos oficiales, encargos del poder, premios y dádivas (p. 57). Las condiciones de existencia material para garantizar el estatus de “escritor libre” (que puede vivir de sus actividades como literato, traductor o publicista crítico sin comprometer su criterio con los poderes dominantes), ha inquietado a los hombres de letras y a la esfera misma del poder estatal durante más de dos centurias (Gómez, 2006, p. 307). Los

sociólogos Lewis A. Coser (1968, pp. 64-84) y Leo Löwenthal (1998, pp. 69-82) otorgan notoriedad a este filón de análisis, en procura de un mejor conocimiento acerca del efecto que el rol de los intelectuales conlleva sobre el corpus social y la comercialización de la escritura en las sociedades burguesas (Sánchez, 1997, pp. 257-280) —es decir, la conversión de las obras literarias en productos de consumo—:

La tensión entre la responsabilidad intelectual y las demandas crecientes de un público más o menos fácil de complacer (justamente el problema está tematizado en el prólogo del *Fausto* de Goethe) llevaron al planteamiento de alternativas que pudieran garantizar la independencia económica del escritor sin comprometerse con las tentaciones del enriquecimiento desmesurado que experimentaron ya escritores como sir Walter Scott, William M. Thackeray y Charles Dickens. [...] En Alemania [...] planteó Lessing en los últimos decenios del siglo XVIII por su parte, los problemas inherentes a las condiciones de existencia material para garantizar el estatus de “escritor libre”. (Gómez, 2006, p. 307)

Si bien desde aquel entonces la preocupación demandó la atención de las sociedades europeas, en el caso latinoamericano, y especialmente en Colombia, apenas en décadas recientes comenzó a concitar interés como inquietud relevante para la Sociología y la Historia de la Cultura. Los propios escritores fueron conscientes del asunto con anterioridad, dada su condición de experimentar en carne propia la proeza de vivir de lo intelectualmente producido (Vanderhuck, 2012, pp. 61-69; López, 2014, pp. 74-76, 338, 360-362, 365, 520, 530-531) —en un entorno en el que históricamente la crítica fundada en el conocimiento de la cultura no se ha avenido bien con los poderes reguladores de la vida social como el Ejército, la Iglesia y el Estado— (Rivas, 2010, pp. 45, 53, 62, 111, 128).

Durante sus primeros andares en el mundo de las letras, Carpentier (1981, p. 84) se vio compelido a tomar estima por la independencia del discernimiento, pues por sus convicciones políticas tuvo que componer su primera novela estando tras las rejas: *Ecue-Yamba-O!* (1927). Sobre su temprana definición ideológica —causante de aquel evento— la revista *Casa de las Américas* comentó décadas después: “Carpentier, quien acababa de pasar seis meses en la cárcel acusado de actividades comunistas, no había cumplido aún veintitrés años” (Carpentier, 1981, p. 225). Como espejo que ayudó a concretar su postura, el propio Carpentier destacó que desde el siglo XIX los intelectuales latinoamericanos demostraron compromiso con la distinción entre el bien y el mal, la barbarie y la civilización, el progreso y la reacción (Carpentier, 1984, p. 51). Muchos padecieron el destierro (caso de sus compatriotas Juan Francisco Manzano, Domingo Delmonte, Félix Varela, José María Heredia, José Antonio Saco, Gertrudis Gómez de Avellaneda, y por supuesto, José Martí). Enrico Mario Santí subraya como factor loable el hecho de que ellos inventasen “a la nación desde afuera, como quien dice, desde la experiencia del exilio”

(Santí, 2002, p. 33). En idéntico sentido, Carpentier (1984) señaló el contraste entre tan digna postura y la carencia de lucidez —evidenciada, ya en el siglo xx— por supuestos pensadores incapaces de distinguir entre el bien y el mal:

Todos estos hombres [intelectuales del siglo xix] se conocían y, aunque a veces discutieran públicamente, se estimaban. Y se estimaban porque todos eran hombres comprometidos. Contra España o ya libres de España, luchaban, más allá de las contingencias inmediatas, por las mismas ideas. Un gran quehacer común incluía en la misma órbita al precursor Pablo de Olavide, peruano amigo de Voltaire, con Sarmiento, con Juárez, con Martí. Cuando eran contemporáneos, cada cual sabía con quiénes andaban los otros, y, por lo tanto —para hacer válido el refrán— sabían quiénes eran los otros. Todos eran hombres políticos. Y hubiera bastado que uno de ellos hubiese tenido una flaqueza en lo político, hubiese tenido una duda, una vacilación, en cuanto al discernimiento maniqueísta del *bien* y del *mal*—de la barbarie o de la civilización, del progreso o de la reacción— para que sus semejantes en espíritu le volviesen las espaldas, después de haberlo condenado. Nadie, en el siglo xix americano, hubiese podido decir lo que se ha llegado a repetir en nuestro ámbito, tanto y tan falsamente, que la frase ha cobrado categoría de lugar común: “No nos conocemos”. Todo el mundo, en aquel tiempo, se conocía. (p. 51)

Como los grandes logros del espíritu demuestran en la historia, todo intelectual debe comprometerse con una causa —aseguró Carpentier— cometido que no resta valor artístico a una obra: “basta echar un vistazo a la literatura y las artes del mundo entero para ver que, precisamente, algunas de las obras maestras que más nos enorgullecen han sido inspiradas por la pasión política” —afirmó— desde Dante, hasta Balzac o Picasso (1981, pp. 29 y 30). Es inevitable, por lo tanto, que el escritor asuma responsabilidades desprendidas de contextos históricos que le impelen a ser consecuente:

Los peligros son grandes, lo sé. Hay malos compromisos, el compromiso en falso, el compromiso incierto, el compromiso ferviente, el compromiso forzado por contingencias cuya verdad es difícilmente discernible de inmediato, pero el todo se encuentra allí, en el carácter del compromiso. Uno puede equivocarse, y hasta muy seriamente. Dejar en ello el fruto de toda una vida intelectual. Conocemos no pocos casos. Pero es seguro que el compromiso es inevitable, que el compromiso como tal está sometido a realidades que nos han sido enseñadas por los acontecimientos mismos. [...] Ocurre que la función del escritor se realiza en vista a las aspiraciones de todo un pueblo. (Carpentier, 1981, pp. 45 y 46)

El intelectual se transforma en hombre únicamente cuando superando su condición de individuo, inscribe solidariamente su ser en el contexto suscrito por su pueblo. Carpentier ilustra esto acogiendo una expresión de Martí, quien en 1893 manifestó: “Es preciso ser a la vez el hombre de su época y el de su pueblo, pero hay que ser ante todo el hombre de su pueblo” (Martí, 1963). Aseveración a la que Carpentier (1981) agrega:

Y para entender esos pueblos es preciso conocer su historia a fondo.

En cuanto a mí, a modo de resumen de mis aspiraciones presentes, citaré una frase de Montaigne que siempre me ha impresionado por su sencilla belleza: “No hay mejor destino para el hombre que el de desempeñar cabalmente su oficio de Hombre.”

Ese *oficio de hombre*, he tratado de desempeñarlo lo mejor posible. En eso estoy, y en eso seguiré, en el seno de una revolución que me hizo encontrarme a mí mismo en el contexto de un pueblo. Para mí terminaron los tiempos de la *soledad*. Empezaron los tiempos de la *solidaridad*. Porque, como bien lo dijo un clásico: “Hay sociedades que trabajan para el *individuo*. Y hay sociedades que trabajan para el *hombre*”. Hombre soy, y sólo me siento hombre cuando mi pálpito, mi pulsión profunda, se sincronizan con el pálpito, la pulsión, de todos los hombres que me rodean. (p. 87)

Sólo es digno como hombre, en el marco de esta postura, quien se compromete con espíritu ciudadano, quien es constructor y copartícipe del destino colectivo (Carpentier, 1981, pp. 30-32). El supuesto compromiso que profesaron con posterioridad a 1930 ciertos intelectuales latinoamericanos se redujo, en opinión de Carpentier, a vana promesa, ya que se desentendieron de las condiciones de vida de sus pueblos, explotados hasta el límite por el capital norteamericano. En ese sentido, punto de convergencia entre Martí y Carpentier es su anticolonialismo (Carpentier, 1984, p. 87; Santí, 2002, p. 58), por lo que el segundo otorga valor cardinal a las siguientes palabras proferidas por su compatriota en 1893: “ni el libro europeo, ni el libro yanqui, nos darán la clave del enigma hispanoamericano”. A juicio de Carpentier dos palabras adicionales enuncian otra conjunción inexcusable: “nuestra América” (1981, pp. 86 y 87), puesto que invocan una asociación ineludible entre los tópicos literatura y sociedad.

#### **El intelectual y su accionar: voz de las colectividades silenciadas**

Una vivencia experimentada por Carpentier en la Guerra Civil Española en el pueblo de Minglanilla, Castilla La Mancha (en el verano de 1937), dejó en su memoria el siguiente recuerdo:

Una anciana, arrugada en grado increíble, con un pañuelo oscuro

plegado sobre canas bien peinadas, se me acercó, y me dijo estas palabras que no olvidaré jamás:

-¡Defiéndannos, ustedes que saben escribir!...

¡Nunca me sentí tan humillado como en aquel instante, dándome cuenta de lo poco que significa el “saber escribir” ante ciertos desamparos profundos, ante ciertas miradas de fe, ante el oscuro anhelo de mundos mejores que palpita en el alma de estos campesinos castellanos! (Fernández, 1986, p. 11)

La idea de que la función del intelectual estriba en testimoniar circunstancias y congojas de colectividades impedidas para expresarse, es explícita y recurrente en Carpentier. En su opinión, le compete:

Entenderse con [...] ese pueblo combatiente, criticarlo, exaltarlo, pintarlo, amarlo, tratar de comprenderlo, tratar de hablarle, de hablar de él, de mostrarlo, de mostrar en él las entretelas, los errores, las grandezas y las miserias; de hablar de él más y más [...] Tal es, en mi opinión, la función del novelista actual. Tal es su función social. No puede hacer mucho más, y es bastante. El gran trabajo del hombre sobre esta tierra consiste en querer mejorar lo que es. Sus medios son limitados, pero su ambición es grande. Pero es en esta tarea en el “reino de este mundo”, donde podrá encontrar su verdadera dimensión y quizás su grandeza. (Carpentier, 1981, pp. 49 y 50)

Situaciones suscitadas por la política ejercen presión sobre las gentes, postrándolas y silenciándolas. Fuerzas en apariencia inocuas —como el aparato científico-tecnológico, por ejemplo— pueden sumir a grandes contingentes humanos en el silencio y la indefensión. Dado el divorcio entre las palabras inscritas en el lenguaje técnico y las necesidades colectivas de la vida cotidiana, el intelectual puede —y debe— hacer oír su voz empleando un código que le es exclusivo:

que le es propio, que posee, que domina [...] independientemente del lenguaje técnico que acaso entienda mejor mañana, dispone [...] del lenguaje de cada día, lenguaje de los viejos narradores, que está aún lejos de haberse agotado en todos sus recursos. Se interesa en los hombres a los cuales el lenguaje técnico no dice todavía nada. Son numerosos estos hombres, muy numerosos. Tienen necesidad todavía del lenguaje claro de los viejos narradores. (Carpentier, 1981, pp. 49 y 50)

No tiene que ofrecer imágenes despojadas de la realidad social sino fundadas en ella, ya que efectuar una denuncia apoyándose en hechos imaginarios es imposible. De ese modo la realidad, en correlación directa

con hechos pasados o contemporáneos, provee el eje indicativo de la misión y la labor intelectual, (Carpentier, 1981, pp. 24, 140 y 141). No puede obviarse, de todos modos, que la figura del intelectual como conciencia vigilante de la sociedad (Gutiérrez, 1997, p. 136) se ha visto opacada en los últimos decenios del siglo xx y los primeros del xxi por el tipo sociológico del especialista tecnocrático —conforme Gouldner expone (1980)—, transición en la que el accionar del intelectual humanista históricamente cimentada y estimulada por la polémica, la disidencia, la aventura y el compromiso político, ha cedido espacio al rol del experto tecnocrático que arguye la búsqueda y definición de un conocimiento pretendidamente imparcial, y que prioriza aplicaciones y resultados instrumentales medibles de manera expedita y cuantificable, desideologizada y pragmática. Sin embargo, incluso ante la presencia en las primeras décadas del siglo xx de una incontrolable cantidad de información circulante mediante la informática y la interconexión mundial de redes de información, la nueva situación —promovida por políticos y tecnócratas— no ha podido aislar ni obviar por completo principios y bases estructurantes del ámbito intelectual que confieren a éste especificidad —y afinidad directa— con valores relacionados con la vida en colectivo. Tal fundamentación continúa distanciando al campo intelectual de perspectivas teológicas y de poderes corruptores de la conciencia crítica, lo que lo conduce —hoy igual que ayer— a enarbolar y afincarse en principios como independencia frente a la razón de Estado, irreductibilidad de la verdad, disidencia, convicción, autoridad moral y responsabilidad ética (Bourdieu, 2002, pp. 196-200), según lo destaca para el caso puntual de América Latina el escritor mexicano Carlos Monsiváis (2009).

Retomando la exposición de Carpentier, quienes se dedican a la creación literaria deben ser coherentes y socialmente responsables. Todo escritor actuará acertadamente si acude a su disposición creativa, en vez de incursionar en áreas que pueden resultarle complejas —aunque no se encuentren vedadas— como la Filosofía o la Sociología (1981, p. 33). Siguiendo a Antón Chejov, Carpentier sostiene que la función del literato no es “demostrar” sino “mostrar”, “plantear”. Toda obra debe enmarcarse en un contexto verdadero, capaz de conferir a los hechos presentados autenticidad y elocuencia. Empero, la denuncia contenida en la producción novelística, por ejemplo, poco impacta a la sociedad. La mejor denuncia se verifica —en opinión suya— cuando da cuenta de hechos reales y respalda lo que expone, de ser posible, con cifras —y apelando incluso a fotografías—. Pero aún de ese modo una argumentación sólida tipo tesis es irreemplazable. En suma: la denuncia social corresponde menos a la producción literaria que a juicios estructurados a partir de una reflexión histórica rigurosa (1976, pp. 31 y 32).

Pero lo antedicho no implica que quienes escriben literatura deban desentenderse de mostrar y plantear aquello que la realidad social

contiene y demanda. A propósito: Carpentier censura la despreocupada posición de otro escritor latinoamericano: “Uno de los máximos errores de Rubén Darío, que muchos errores cometió, fue el de escribir un día ‘Yo no soy juez de historia’” (1981, p. 30). En la apelación a hechos reside, precisamente, la frontera entre la crónica y la novela. El literato habrá de referir en primera instancia lo acaecido en un trasfondo histórico determinado, y después, sólo después, incursionar, si lo desea, en el plano de la ficción. Como novelista no puede ser apático frente a los hechos melodramáticos que lo rodean, y aunque el melodrama no debe buscarse deliberadamente, tampoco debe negarse en el relato. De hecho, este recurso ha sido empleado por multiplicidad de escritores famosos para ilustrar sus puntos de vista sobre la sociedad. Contradicriendo tendencias de la novela europea del último tercio del siglo xx — “ávida de asepsia, de distanciamiento, de fría objetividad en el enfoque de las contingencias humanas” — Carpentier destaca que es lícito que se vincule con el compromiso político (1981, pp. 25 y 33). En el contexto de América Latina sometido a enormes cambios y dotado *per se* de rasgos barrocos, este género ofrece facilidades para interrogar sobre cuestiones que agobian a colectividades silenciadas: la injerencia u opresión de poderes imperialistas o la necesidad de conciencia política como requisito para la integración social, entre otros, son temas susceptibles de tratar con seguro y grande impacto (Carpentier, 1981, pp. 18-20 y 25).

### Conclusiones

Autoidentificándose como intelectual, Carpentier expone que al grupo dedicado al pensamiento crítico y a la escritura le compete comprender la más amplia gama de fenómenos sociales posible, para luego comunicar sus implicaciones de manera reflexiva (1981, pp. 45 y 46). Quien asume ese reto se encuentra abocado a arrostrar escollos motivados por contextos histórico-sociales, institucionales o poderes establecidos. Habrá de disponer de cualidades personales concretas: alerta, determinación, constancia, sensibilidad social, disposición testimonial y entereza. Compromiso en el pensar y firmeza en el actuar constituyen factores insoslayables. De no acogerlos concederá ventajas a presupuestos contrarios a su función como bastión del decoro y la dignidad de los pueblos. Invariablemente tendrá que vincular convicciones políticas con contextos de libertad, procurando avenir la difusión cultural con la participación política (Carpentier, 1981, pp. 18-20, 36-43, 108-109).

Esa senda —enfocada a la concreción ideal de cualidades personales— se vio afectada en el caso de Carpentier por condicionantes emanados del contexto político: por ejemplo, la coacción ejercida por la Revolución Cubana sobre el campo estético e intelectual (con énfasis variables en distintos momentos) (Catalano y Fernández, 2020, pp. 192 y 198). El

escenario planetario del tiempo de Carpentier fue asimismo convulso: la descolonización de países de Asia y África estimuló el auge de nacionalismos. En medio de ese panorama, América Latina buscaba un reacomodo frente a los poderes hegemónicos mundiales. De ahí la frecuente expresión de Carpentier de que, hallándose en la condición de cualquier intelectual, era su deber primordial reconocerse como perteneciente a un entorno y una época (1981, pp. 109-111). A pesar de proferir este tipo de pronunciamientos, no fue oficialmente inscrito como “miembro del partido comunista sino luego de 1974, con motivo de su setenta cumpleaños” —seis años antes de su muerte—. Si bien profirió expresiones que le fueron exigidas por el régimen cubano, conforme lo destaca Roberto González (2018) “no se plegó en cuestiones literarias. Ninguna de sus obras publicadas después de 1959 se adhiere a la estética que preconizaba el gobierno [...] nunca dejó de ser el gran escritor de vanguardia que quiso ser y en efecto fue y así conservó su encumbrado lugar en la literatura universal” (p. 543).

Para otros académicos la afinidad entre el gobierno revolucionario y Carpentier pudo incidir sobre su mirada, aparatándolo de una perspectiva plural y moderna —como lo argumenta Enrico Mario Santí— (2002, pp. 101-103). Este acepta que Carpentier demostró estima por algunos postulados enunciados por Martí en el siglo XIX (americanismo, amor patrio y anti-imperialismo), pero omitió otras motivaciones de la obra martiana que son componentes centrales de la modernidad (consideración serena de lo múltiple y reflexión sobre las posibilidades políticas del disenso en aras del diálogo, la convivencia, la cordialidad y la aceptación de la diferencia). El escenario histórico en el que se vio compelido a escribir puede explicar estas ausencias, pero a juicio de Santí (2002, pp. 385-387) ello no justifica tal carencia. Como fuere, Carpentier planteó temas y enfoques hasta donde el régimen se lo permitió. Su mirada penetrante, erudición cosmopolita y cualidades creativas aportaron —sin duda— a la discusión de su época. Al respecto Roberto González anota: “fue un escritor mayor. Lo fue porque absorbió la cultura occidental en sus manifestaciones literarias, musicales, filosóficas y artísticas [...] pintura, escultura, y [...] arquitectura [...] a cabalidad, y logró que sus obras se integraran en los asuntos y estructuras trascendentales que éstas sugerían”. Se mantuvo igualmente “atento al contexto latinoamericano en toda su extensión y profundidad, tanto cultural como histórica. Sus conocimientos eran los de un sabio, en el sentido tradicional de la palabra” (González, 2018, pp. 544 y 545).

## Referencias

- Altamirano, C. (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*, vols. I y II. Katz Editores.
- Altamirano, C. (2013). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Siglo Veintiuno Editores Argentina.

- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montressor.
- Bourdieu, P. (1999). *La distinción: criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Bourdieu, P. (2002). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Anagrama.
- Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Anagrama.
- Carpentier, A. (1976). “Problemática de la actual novela latinoamericana”. En *Tientos y diferencias*. Calicanto Editorial.
- Carpentier, A. (1984). *Ensayos*. Editorial Letras Cubanas.
- Carpentier, A. (1981). *La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo y otros ensayos*. Siglo XXI Editores.
- Catalano, A. y Rocío F. (2020). Hacia una relectura del imaginario revolucionario en la poesía latinoamericana de los años sesenta y setenta: los casos de Heberto Padilla, Roque Dalton, Juana Bignozzi y Paco Urondo. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 2(22): 189-210.
- Coser, L. (1968). *Hombres de ideas*. Fondo de Cultura Económica.
- Dosse, F. (2007). *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Universitat de Valencia.
- Doyle, M. “Liberalism and World Politics”, (2001). En Karen Mingst y Jack Snyder (eds.), *Essential Readings in World Politics, The Norton Series in World politics* (pp. 39-50). W.W. Norton & Company, 2001.
- Fernández Retamar, R. (1986). Política y latinoamericanismo en Alejo Carpentier. *Imán 3*: 5-16.
- García Estrada, R. y López Bermúdez, A. (2021). A fugaz visita de Jorge Luis Borges a Medellín em 1965. *Inter-Legere. Revista da Pós-Graduação em Ciências Sociais da UFRN*, 4(30): 1-21.
- García Estrada, R. y López Bermúdez, A. (2019). El otro Borges en Colombia. El viaje olvidado de un poeta universal por cuatro ciudades colombianas en 1965. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* 30, 13-39.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI Editores.
- Gómez García, J. (2006). *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre Historia política y vida intelectual*. Diente de León.
- Gómez García, J. (2022). Presentación del libro *Historia Comparada de las Américas. Redes intelectuales y redes textuales*. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=YxPIcj1SDPc>
- González Echevarría, R. (2018). Wahlström, Victor. Los enigmas de Alejo Carpentier: la presencia oculta de un trauma familiar. *Anales de Literatura Hispanoamericana*, 47, 541-545.
- Gouldner, A. (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*. Alianza Editorial.
- Gutiérrez Girardot, R. (1997). *Tradición y ruptura*. Random House-Mondadori.
- Gutiérrez Girardot, R. (1986). *Aproximaciones*. Procultura.
- Gutiérrez Girardot, R. (1989). *Temas y problemas de una Historia social de la literatura hispanoamericana*. Ediciones Cave Canem.

- Henríquez Ureña, P. (1978). *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Fondo de Cultura Económica.
- Hobsbawm, E. (1996). *Historia del siglo XX*. Crítica.
- Le Goff, J. (1996). *Los intelectuales en La Edad Media*. Editorial Gedisa.
- Loaiza Cano, G. (2012). "Entre la historia intelectual y la historia cultural, una ambigüedad fecunda". En M. S. Hering Torres, y A. C. Pérez Benavides (eds.), *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates* (347-363). Universidad Nacional de Colombia.
- López Bermúdez, A. (2014). *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)*. Editorial Universidad del Rosario.
- Löwenthal, L. (1998). Tareas de la Sociología de la Literatura (1948). *Utopía siglo XXI*, 1(3), 69-82.
- Mannheim, K. (1963). *Ensayos de sociología de la cultura*. Aguilar.
- Márquez Rodríguez, A. (1983). El concepto de "Revolución" en la novela *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier. *Imán* 1, 17-37.
- Martí, José. (1963). *Obras Completas*. Editorial Nacional de Cuba.
- Merquior, J. (1972). "Situación del escritor". En C. Fernández Moreno (ed.), *América Latina en su literatura* (pp. 372-388). Siglo XXI Editores.
- Monsiváis, C. (2009). El ocaso del intelectual público en América Latina (conferencia), Medellín, Universidad Eafit, Auditorio Fundadores.
- Montoya Campuzano, P. (2011). Julio Cortázar y la revolución: historia de una militancia. En E. Neira Palacio (ed.), *La función social y política del escritor en América Latina* (pp. 171-197). Editorial Universidad de Antioquia.
- Padilla, Heberto. (1969). *Fuera del juego*. Aditor.
- Picón Salas, M. (1931). *Hispaoamérica: posición crítica. Literatura y actitud americana*. Imprenta Universitaria.
- Rama, Á. (2006). *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Reyes, A. (1982). *Letras Mexicanas. Obras completas de Alfonso Reyes*. Fondo de Cultura Económica.
- Rivas Polo, C. (2010). *Revista Mito: vigencia de un legado intelectual*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Romero, J. (1965). *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Rouquié, A. (1991). *Extremo Occidente. Introducción a América Latina*. Emecé Editores.
- Sánchez, J. (1997). Sociología de la literatura y Cultura de Masas: la aportación crítica de Leo Löwenthal. *Modelos de Crítica: la Escuela de Frankfurt, Revista Teoría/Crítica*, 4: 257-280.
- Santí, E. (2002). *Bienes del siglo. Sobre cultura cubana*. Fondo de Cultura Económica.
- Tello Díaz, C. (2016). Cultura y política en los primeros años de la Revolución Cubana: el caso Padilla. *Cuadernos Americanos*, 21(56): 177-193.
- Urrego, M. (2002). *Intelectuales, Estado y Nación en Colombia*. Siglo del Hombre Editores.
- Vanderhuck Arias, F. (2012). *La literatura como oficio: José Antonio Lizárraga, 1930-1946*. La Carreta Editores.

[202]

- Von Martin, A. (1968). *Sociología del Renacimiento*. Fondo de Cultura Económica.
- Zalamea, J. (1967). *Las Aguas Vivas del Vietnam, antología de la poesía vietnamita combatiente*. Editorial Colombia Nueva.